



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

DEDICATORIA.

A las Señoritas Colegialas del antiguo y real Colegio de San Ignacio, hoy "de la Paz."

Hace tiempo que deseaba escribir para vosotras un libro que fuese á la vez de entretenimiento y de sanas lecciones. Muchos días vacilé pensando en la forma del dicho libro, y al fin me he resuelto á daros una coleccióncilla de anécdotas que reunan lo ameno del relato á lo sustancioso de la doctrina.

Allá va, pues, este libro, cuyas narraciones os pintan algo de lo que es ese campo enemigo de la fé y la virtud, el mundo, con el cual ahora teneis apenas contacto; pero con el cual tendreis que luchar en los días del porvenir. Cada vez que desde vuestra devota capilla, donde consagro algunas horas á trabajar por vuestras almas inexpertas, escucho vuestras locas voces de alegría y los rumores de vuestros juegos, me pongo á meditar en los años, que luego han de venir y me parece que escucho como ecos de las risas, gritos y cantos, con que ahora atronais los muros del Colegio, los sollozos y gemidos, las quejas y lamentaciones con que mañana llenareis el recinto del futuro hogar. Y cada vez que os veo piadosas y recogiditas concurrir al oratorio y derramar preces y lágrimas con religiosa ternura ante la Imágen de la siempre Virgen María ó delante de Jesus expuesto á vuestras adoraciones en el Sacramento, se va perdiendo mi alma entre muchas cavilaciones sobre la suerte venidera de vuestros sentimientos religiosos. Mi alma entónces traspasa la puertecita, que da á los claustros del Colegio, recorre sus galerías, arcadas y aposentos iluminados por los esplendores de un cielo

abierto y despejado y por la luz serena y pura de la edad juvenil, y luego se va engolfando en el ruidoso mundo de allá afuera hasta asomarse con horror á ese vacío insondable, negro, tedioso de la indiferencia religiosa, que hoy el mundo lleva en sus entrañas. Entónces he pensado en escribiros algunos trazos de ese abismo para que sepáis cuán horrible es y qué desventurados los que en él habitan y se ahogan en su ambiente mefítico y matador.

Vivís ahora en la ciudad de Dios, en el campo bendito que custodia Jehová, en la comarca luminosa de Gesém y acampaís bajo las blancas tiendas de los que forman las tribus escogidas; pero más allá de los límites de este campo, hay otro más extenso, otra ciudad más populosa, *Enochia*, la que han fundado tenebrosa, podrida y soberbia los hijos de los hombres acaudillados por el príncipe de las tinieblas. Los que allá viven se burlan de nosotros que pasamos la vida llorando y creyendo; pero ellos no son felices, *el dolor y la desgracia alfombran su camino* y el abismo es su fin. De ese país maldito fueron traídas las leyendas de este libraco, aunque ni me fué menester ni pude, ir á espigar á esa tierra, porque, gracias á Dios, nunca he hecho vida comun ni trato con gente mundanal é impía; pero sobran tráfugas, que por ventura se pasan de ese campo al nuestro con armas y bagajes, y de cuyos labios he escuchado las narraciones que os trasmito y otras mil que pudiera contaros.

Leed, pues, este libro que escribí lo mejor que pude en el campo de batalla y con el papel sobre la rodilla, por decirlo así y yo quedaré bien pagado con sólo que os haga pensar un poco ahora que casi no piensan las jó-

venes. Con eso me bastaría, repito, pero á veces deseo que no sólo sea éste un libro para hoy, sino también para mañana. ¡Plegue á Dios así concedérmelo y que cuando la vida cambie de faz para vosotras y troqueis el Colegio por el hogar ó por la cátedra, cuando sustituyais la gris blusita y parduzca falda del uniforme estudiantil por el bullicioso ropaje de la señora de mundo ó por la tosca saya de la humilde madre de familia; todavía los cuentos de este libro os agraden y proporcionen lecciones de la experiencia y os causen los estremecimientos de un saludable horror al mundo de los descreídos y los pecadores y la conmoción generosa de la caridad por esos desdichados.

A. SEGALÉ.

Tacubaya y Octubre de 1895.

ROSA-CRUZ.

I

Aquella noche el P. Fernández, á quien solía visitar con frecuencia, me recibió en su propia alcoba. El mucho trabajo de la última cuaresma le había dejado achacoso y obligádole á guardar cama. Me habló como siempre de muchas cosas espirituales y sabrosísimas con aquel su estilo más impregnado de celestial y evangélico aroma cuando más había trabajado por Cristo. Pero aquella noche me distraía mucho de pensar en lo que él me iba diciendo un objeto raro, que desde mi entrada al aposento se había atraído mis curiosas miradas. De la mera cabeza del clavo que unía los pies del Crucifijo, pendiente sobre la cabecera del lecho, colgaba por medio de una cinta negra y roja un dije muy extraño. Era

una cruz de Malta, que tenía por remate una rosa de brillantes y entrelazado á sus brazos un rollito de pergamino muy arrugado y lleno de manchas oscuras como de gotas de sangre envejecidas. Yo conocí desde luego que era aquella cruz un distintivo masónico, precisamente el que usan los caballeros Rosa-Cruz de las Logias y comprendí que tal objeto en tal sitio significaba toda una historia. El Padre advirtió que yo no quitaba los ojos del misterioso distintivo y me dijo sonriendo: Es un trofeo, si no de victoria, sí de venganza, que le he suspendido á mi Santo-Cristo. Es una reliquia y un recuerdo de cierta historia, que me impresionó mucho cuando fuí testigo de ella. Y, diciendo esto, desprendió el chisme aquel y me lo puso en las manos. En las cuales yo comencé á revolverlo é inspeccionarlo, sintiendo en torno de mi columna vertebral ese frío que causan los objetos misteriosos y terribles. El Padre Fernández me martirizó largo rato, poniendo á prueba mi curiosidad y dando respuestas evasivas á mis ansiosas preguntas, hasta que cediendo á mis instancias, me refirió el origen de aquella prenda, la horrible aunque vulgar historia, que voy á referir en seguida.

II

En uno de los corredores del que fué convento de las Brígidas, convertido ahora en habitación de unos cuantos Padres Jesuítas, se paseaba con señales de impaciencia un hombre arropado en profusa capa española, con el alto sombrero de seda y el baston de carey en la mano izquierda. Un farolillo con lámpara de petróleo, pues era de noche, fijo en la pared del claustro, iluminaba á ratos el semblante de aquel hombre, cuando pasaba frente al dicho farol; y podía verse entonces un rostro alargado y flacucho, de color cenecño, con bigotes exageradamente retorcidos con pomada húngara, con nariz larga y filosa, con frente harto estrecha coronada por un rizo enorme, por una ala de pichon, y en aquel semblante dos ojos tan negros como pequeños, dos pelotillas de azabache mal encajadas en tal figura.

Al fin un Padre, mal cobijado con el balandran, apareció por el extremo del corredor y encaminóse á la puertecilla de una de las habitaciones; el hombre se apersonó con él, le dijo unas cuantas palabras casi en secreto y entraron ámbos á la celda. Aquel hombre era Gustavo Adolfo Ruiz, pseudo-liberal, pseudo-político, pseudo-diputado, verdadero calavera, semimason del grado 18 de la *Lógica Anáhuac* y genuino tipo de esos hombrecillos que ni son capaces de creer ni impíos de verdad, de convicción, insensatos, libertinos, orates del positivismo actual, esponjas exprimidas por todos los errores y todos los descarríos.

Gustavo Adolfo se iba á casar con Rosa María Quiñones, linda como su nombre, rica como un Creso y casquivana como hay muchas. Por eso Gustavo había ido á... confesarse aquella noche, para llenar los requisitos de la Iglesia, ante la cual era costumbre imprescindible hacer lo que ellos llaman la ceremonia. Había escogido para el objeto un Padre de la Compañía, no porque tuviese arduos negocios de conciencia que arreglar, que sí tenía, sino porque era más de tono, más propio de su talento y elevación científica (?) ir á contarle las primeras cuatro tonterías que se le viniesen al chirúmen (él las llamaba con un sinónimo, que no puede escribirse, propio de su vocabulario usual entre amigos) á un célebre director de conciencias y no al vicario de la parroquia.

Diez minutos despues salía Gustavo Adolfo de aquella celda, llevando en la mano la papeleta de confesion y en la cara el gesto alegre del pícaro tonto, que acaba de salir de un mal paso y de engañarse á sí mismo.

III

La sala de la señora viuda de Quiñones se anegaba de luces y se enjambraba de gentecilla elegante. Era el matrimonio civil de Rosa.

Las señoras llenaban el estrado charlando abigarradamente, las mamás hablaban de sus hijos elogiándolos con exageración, las solteras contaban noviazgos ó murmuraban de la familia Quiñones y del casamiento. En la antesala y en los pasillos cuchicheando fumaban y reían los hombres, dirigiendo á ratos á las mujeres del estrado miradas tan canalleseas ó tan estúpidas que daban risa ó causaban asco. Rosa, vestida de gros de color gris-perla, despues de haberse dejado admirar de las amigas, platicaba confidencialmente con su amiga íntima Lupe Verduzco, á quien acababa de ver despues de tres años de ausencia.

—Pero ¿no te impedirá las prácticas religiosas?—decía Lupe.

—No, si ya lo voy convirtiendo. Imagínate que hace tres meses que va á Misa de doce domingo por domingo.

—Sí, pero va á verte, porque tú vas allá.

—No lo creas: así atraemos á los hombres al buen camino.

—Y ¿ya se confesó?

—Anoche mismo y con el P. Antonio, el jesuita que es tan progresista y tan sabio.

—No confío yo mucho en esas confesiones. Aunque ahora se muestra manso, no te alucines, ya irá sacando las garras. Primero sopitas de miel y luego tragos de hiel; pero en fin es cosa hecha.

—Y que yo lo quiero mucho. ¡Ay! mujer, no seas pesimista. Yo espero mucho que lo acabaré de hacer al molde. Ya le regalé unos aretes de brillantes á la Purísima de la Madre Lucecita, que es tan de moda y hace tantos milagros. Se la llevaron á casa á D. Juan Martínez el senador, cuando se estaba muriendo, y aunque no quiso confesarse, alcanzó la unión en sus últimos momentos.

—Que de nada le ha de haber servido, porque no estaba dispuesto. ¿Tú no sabes que Dios maldijo á los hebreos que se enlazaran ó unieran á sus hijas con maridos extranjeros é idólatras y que mandó apedrear á las mujeres que eso hicieran?

En este momento una vocecita armoniosa é indiscreta decía no léjos de las dos interlocutoras: ¿Que yo me case con mason? Primero muerta. Vaya si tenemos que padecer mamá y yo con mi hermano Rodolfo, que se ha vuelto descreído, y ya no deja paz en la casa. Era Lili Contreras, la espiritista niña de cabellos blondos y tez de camelia, la *Caperuza roja*, como la llamaba Rosita Quiñones, que en aquel momento reusaba un novio como Gustavo Adolfo, que de chanza la ofrecía su vecina.

—¿Qué dices, Lili?—le preguntó Rosa volviéndose á ella.

—Que eres muy tonta, criatura, que eres muy tonta—fué á decirle al oído Lili, levantándose con un salero y un candor que daba envidia.—Pero muy linda, agregó besándola estrepitosamente en la mejilla.

—Sí—continuó Lupe por su lado—Dios mandaba que muriera apedreada la que tuviera amores con enemigos de su religion.

—¡Ay! Rosa, que no vayas á ser apedreada. Dijo Lili haciéndole un cariño.

—Y ¿quién me ha de apedrear? boba, si eso que la beata de Lupe dice, es cosa de los judíos, ¿quién me había de apedrear?

—Pues, Dios, mujer, pues Dios—respondió la niña poniéndose muy triste y muy seria con esa seriedad de niño, que infunde tanto respeto.

Rosa paldecía visiblemente: sentía acaso la presencia de un sér superior, que la amenazaba para el porvenir. Vamos, que la había amedrantado aquella Casandra bulliciosa y linda como un ángel del Ticiano.

En aquellos momentos se presentó en la sala el juez del Registro Civil, un viejo feote y estiradísimo, de anteojos con alambres de oro, y barba de candado. Hizo el buen juez los preparativos necesarios, llamó ante sí á los novios y testigos, tosió dos veces, se dió mucho tono, ordenó á los presentes que se pusiesen de pie, *porque aquel acto era* muy digno de todo respeto, pues no era, como el matrimonio religioso, simple ceremonia, [di-

jo él] sino verdadera union de transcendencia y efectos ante el Estado, que es todo. Voy—agregó—á ejercer el sacerdocio de la ley en nombre de la República. Al decir esto una risita mal comprimida resonó entre el silencio de los circunstantes é hizo que el Sr. Juez lanzara por sobre sus anteojos una mirada, que quiso ser fulmínea. Lili Contreras, la pícaro Caperuza encarada, se apretaba con las manos sus carrillitos de azucena para contener la risa porque se acababa de imaginar al Sr. Juez vestido de sacerdote con casulla y todo y rodeado de su monumental esposa Doña Remedios y de sus seis hijos, á quienes Lili conocía mucho, rollizos y oscuros de color como bolas de chorizo extremeño.

IV

Tres días despues *Muguet*, el cronista del periódico "*El Intransigente*," del cual era redactor Gustavo Adolfo, publicaba una descripción opípara del casamiento religioso. "*Un landau*—decía *Muguet*—tirado por dos caballos negros de *pura sangre* (!) enjaezados con los correspondientes ramos de azahar paró á la puerta del templo de Sta. Brígida á las once ménos cuarto *a. m.* y de él bajó la desposada, que estaba elegantísima. El níveo ropaje, que engalanaba á Rosa, parecía tejido de alas de ángel y alas de abeja; á lo largo de la falda abullonada lucían muy costosas perlas. ¡En verdad que no tienen los jardines de nuestra mesa central rosa más gallarda que la Srta. Quiñones!—exclamamos al verla en todo el esplendor de su hermosura iluminada por los reflejos ruborosos de la antorchas de Himeneo. Dos pajeitos, dos *efebos* sostenían su lengua y pesada falda. Al entrar la desposada, ejecutó magistralmente la orquesta del Conservatorio la marcha nupcial de Mendelshson, ese epitalamio tan clásico y tan aristocrático.

Arrodillados los novios, de los cuales él vestía pantalon *crema* y levita *príncipe de Gales*, en mullidos cojines de púrpura, hizo las preguntas rituales, leyó *la epístola de S. Pablo* (1) *escrita para esos* [!] y dió las bendiciones de arras y demás el Ilmo X. En aquel instante la voz trémula de emoción de la desposada, el color de sus mejillas, *la mística luz*, que rodeaba su fisonomía, todo nos indicó que Rosa era supremamente feliz y evocamos las orientales notas del Cantar de los Cantares (*Muguet* no lo conocía sino de nombre) y la tragedia idílica de los amantes de Verona.

Asistió al acto toda la *crema* de nuestra sociedad. Allí pudimos ver á (y aquí una lista enorme de Señoras, señoritas y caballeros, con quienes *Muguet* se hombreaba solo en las columnas del periódico, hasta llegando á tutearlos.)

Estos y otros muchos disparates escribió entonces el pobrecillo *Muguet*; lo que no dijo ni pudo decir es que los asistentes á la celebración del Sacramento, *toda la crema*, como él los llamaba, charlaron, rieron y murmuraron toda la hora, profanando la iglesia como paganos; y que Gustavo Adolfo Ruiz cometió un sacrilegio y Rosa Quiñones poco ménos. Así llevaron los desposados al cáliz de la ira divina su óbolo de profanación acompañados de un séquito digno y para gajes de las bendiciones que Dios enviaría sobre la familia que iban á formar.

(Continuará.)

(1) Llamen los ignorantes así á la exhortación del Ritual Toledano, que se lee por lo común en tales casos.

SONETO.

IN MEMORIAM.

Con el cetro gentil de la hermosura y ceñida de gracia y de pureza en Miramar latía tu belleza como un sueño de paz y de ventura.

Hoy tu semblante bello desfigura, tus músculos contrae con fiereza, y ardiendo lentamente en tu cabeza, te sacude y te postra la locura!

¡ Señor, piedad! Y la sublime esposa,
de la tragedia víctima y testigo,
suba hasta tí sangrienta y dolorosa!

¡ Suba! . . . Mas tu demencia no maldigo,
que despues del cadalso en que él reposa,
tu locura es piedad y no castigo!

Joaquín Juanes G.

Junio de 1897.

LA CALUMNIA.

[LEYENDA.]

VAYANSE al diablo las geografías y la cronología! Jamás he sabido recordar un lugar ni una fecha; así pues, todas las indicaciones que puedo hacer, para precisar el tiempo y lugar de mi relacion, se reducen á decir que se refiere á un hecho ocurrido en Europa, á principios del siglo XVIII.

Una hermosa mañana de primavera, lord***, viajero inglés, alto, delgado, blanco, rubio y excéntrico, como todos los ingleses de novela, oculto detrás de las cortinillas del balcon de su alojamiento, se entretenía en mirar á una jóven, que en la casa del frente estaba regando sus tiestos.

La jóven era, en verdad, digna de ser mirada. Jamás los pinceles de Rafael dibujaron un rostro tan hermoso y tan virginal; su tez de azucena y rosa, sus dorados cabellos, sus labios delgados y purpurinos, sus ojos melancólicos, su frente despejada; todo la asemejaba á una de esas creaciones de los poetas, para las cuales no buscan modelos en la tierra, sino en los ángeles del cielo, su patria siempre amada. No era una mujer; era la encarnacion de una melodía celestial.

El inglés decía para sí:

—Estoy á punto de cumplir cuarenta años y empiezan á cansarme los viajes. Pero solo en el mundo, solo como un hongo, ¿qué haré si no viajo? ¿Ahorcarme en el jardín inglés en que se ahorcó mi padre, habiéndose ahorcado antes mi abuelo y antes mi bisabuelo? Todos ellos se ahorcaron á los cincuenta y cinco años, cinco días, cinco horas y cinco minutos. ¡Yo no he de romper la tradicion! Pero, cada uno de ellos, cuando se ahorcó, dejó un hijo que le heredase, y yo no tengo ninguno; debo, pues, casarme, tener hijos y esperar mi hora, al pie del pino tradicional. . . . Y dado que me case, ¿no es mejor hacerlo con una mujer bonita que con una fea? Esa muchacha, que cuida de sus flores, vale más, por sí sola, que todos mis caballos juntos. Es pobre, á juzgar por su traje, y si su alma se asemeja á su rostro, debe ser un ángel de bondad. Sin embargo, en estas cosas no conviene fiarse de las apariencias, sino tomar informes. Tomémoslos, pues, empezando por el interrogatorio de la persona más curiosa y más habladora que conozco en todo el barrio, y plegue á Dios que salga todo como deseo. . . .

Tendió la mano, y sin dejar de admirar á la jóven, tiró del cordon de la campanilla. La patrona se presentó.

Era una mujer de la edad incierta que se llama cierta edad; bastante bien conservada y de facciones vulgares. Vulgar era tambien su inteligencia, cuyo punto saliente, por decirlo así, era la supersticion. Una gitana la había predicho que su hija se casaría con un inglés muy rico, y esto bastó para que mirara en el lord*** un futuro yerno, y esperaba, de un momento á otro, oírle pedir la no siempre blanca mano de Caralampía, que si no fuera porque sus ojos eran pequeños como lentejas, su nariz gruesa y colorada como una remolacha, su color de pan de municion y su cuerpo algo toreido, rivalizaría en belleza con la mismísima Elena.

—Señora Dionisia [dijo lord***:] ¿quién es esa jóven que está regando los tiestos allí enfrente?

Dionisia se acercó al balcon y admirándose de la pregunta respondió:

—Es María, la costurera. ¡Una pobre muchacha huérfana, que no tiene más propiedades que sus agujas!

—Yo soy rico para los dos (murmuró lord***.)

Dionisia le miró aterrada. Su castillo de naipes se derrumbaba.

—Y decid [prosiguió lord***:] ¿es honrada?

La más ligera mancha no empañaba la reputacion de María, paloma virginal, digna de anidar entre las del Paraíso; pero Dionisia no pensaba sino en su hija y en la prediccion de la gitana; así es que contestó, con tono incisivo:

—En cuanto á eso. . . .

—¿Qué? [preguntó el inglés.]

—Nada. . . .

—Decid, si sabeis algo; creed que me importa saberlo.

—¡Nada! ¡Yo no debo murmurar de nadie!

—Pero sí decir verdad, cuando se os pregunta.

—Perdonad, señor: no diré nada; otros os informarán.

—Sois unā buena mujer (dijo el inglés, despues de una pausa.) Id con Dios; lo dicho me basta. . . . ¡Me ahorcaré soltero!

Y se separó de la ventana.

Un momento despues, cerró la suya María, muy ajena de creer que acababa de jugarse su porvenir, y que merced á una trampa de su vecina, le había perdido.

Lord*** continuó su viaje, al día siguiente; Caralampía, la hija de Dionisia, se casó, no con un inglés rico, sino con un pobre molinero, que tenía la costumbre inglesa de emborracharse diariamente, y que cada vez que se emborrachaba sacudía una paliza á su mujer; Dionisia, despues de haber gastado cuanto tenía en socorrer á su hija, fué echada de casa de su yerno, y tuvo que mendigar su sustento, de puerta en puerta.

María vió su miseria y se compadeció de ella, y la dijo:

—Venid á mi casa; os miraré como si fuérais mi madre.

Y la llevó á su casa, y trabajó día y noche para sustentarla; pero el exceso del trabajo la hizo enfermar, y al poco tiempo murió.

Los ángeles en el mundo están mal, y se van presto,

ha dicho un poeta.

Dionisia, desde aquel momento, no pudo sosegar. El recuerdo de su calumnia, y el no ménos vivo de María, que le había sacrificado su vida, la perseguían por todas partes. Un día entró en una iglesia, y postrándose á los pies de un confesonario, pidió consuelos á un Sacerdote, confiándole su remordimiento.

—Tu culpa es muy grande (dijo el Sacerdote;) pero mayor es la Misericordia Divina. Ve esta noche al templo en que descansan los restos de María; llora por el descanso de su alma. Esta es la penitencia que te impongo por tu pecado.

Dionisia, más consolada, aunque bastante agitada per el temor, esperó la noche para cumplir su penitencia.

El templo en que debía cumplirla, era uno de esos poemas de piedra, de la Edad Media, que admira el arte moderno, impotente para imitarlos. Todo en él respiraba el ideal de la Divinidad relacionado con la humanidad. Mirándole, desde afuera, un extranjero ignorante de nuestra Religion, hubiera leído el misterio sublime del Cristianismo con sólo verle de noche, cuando elevándose sobre la ciudad, como el Angel de la Fé, dejaba caer el eco de la fúnebre campana, desde lo alto de sus góticas torres, terminadas en cruces de flores, que indicaban que el alma religiosa reserva para el cielo los aromas de su pureza.

Y penetrando en su recinto, mirando á la

luz de la lámpara, eterna como la conciencia, aquellas altas naves, en que la pintura y la escultura aparecían como humildes esclavas de la arquitectura; aquellas columnas, semejantes á los elevados cedros del monte sagrado; aquellas bóvedas oscuras, aquellas enverjadas capillas, aquellos altares dorados, aquel pavimento compuesto de losas de tumba. . . . ¿Quién no se sentiría conmovido de religioso pavor?

Al llegar á la puerta del templo, Dionisia se detuvo vacilante. Parecía que las molduras estaban animadas, que las sagradas efigies de los altares y de las ojivas, la miraban con enojo; y sobre todo, la obscuridad de las naves la infundía un miedo indeterminado á peligros desconocidos.

Oró brevemente, se animó y marchó. Su paso, resbalando por las losas, le parecía el siseo de la ronda del sábado.

Al llegar á la tumba de María, se arrojó y volvió á orar, con los ojos cerrados, por miedo á una aparicion; pero su precaucion fué inútil. Sus párpados dejaron de interceptar la luz, y al través de ellos, como al través de transparentes cristales, vió abrirse la tumba y levantarse á la jóven, adornada con un lucidísimo traje blanco y coronada de rosas blancas tambien. Brillaba, en sus labios, la flor de suave sonrisa; pero su mirada era siempre melancólica.

—¡Perdon! [murmuró Dionisia aunque María no la miraba enojada.] ¡Perdon señora, por el daño que os he hecho! ¡Bastante castigada estoy!

—No es á mí á quien has hecho el daño, (murmuró María, con una voz tan dulce como las melodías del paraíso.) No es á mí. Yo sufrí en la tierra, pero por eso mismo es mayor en el cielo mi felicidad. ¿Qué importa un día de lágrimas, si con él se compra una eternidad de ventura? Los daños, que has hecho á los otros, los vas á ver.

En este momento, tres personas más se levantaron de la tumba de María. Eran tres hombres; uno ceñía la toga, otro el sayal de misionero, y el último parecía ocupado en analizar unas hierbas que tenía recogidas en un paño de su túnica.

—¡Hubieran sido mis hijos [suspiró María.] Tres corazones para amar á Dios.

—Yo [dijo el primero] hubiera guardado el santuario de la justicia, y arrancando la cizaña del campo de la Patria, le hubiera abonado para producir los frutos más opimos.

—Yo (dijo el segundo) hubiese enseñado la Fé á los pueblos enteros que gimen en la ignorancia, y abierto las puertas del cielo á desgraciados que esperan aun por largo tiempo, quien rompa los grillos con que los tiene sujetos el rey de las tinieblas.

—Yo (dijo el tercero) hubiese sido médico, y enseñado á enrar males que se creen incurables.

Y todos tres, volviéndose indignados á Dionisia, unieron sus voces, para gritar tres veces: ¡¡¡ Maldita seas!!!

Y pareció que millares de voces repetían entre las sombras la solemne maldicion.

Dionisia apenas alentaba.

Por fin, haciendo un esfuerzo titánico, murmuró, con voz apagada:

—¡Perdon, perdon! ¿Qué hé de hacer para reparar el mal que he causado?

—¡Repararle! (murmuró María.) ¡Repararle!

Cogió, entónces, ésta, una copa de oro llena de agua, y presentándosela á Dionisia, la dijo:

—Derrama esa agua en el suelo.

Dionisia obedeció.

—Ahora (añadió María,) tórnala á coger.

—Las junturas de las losas la han embebido. ¡Es imposible cogerla!

—¡Pues así sucede con la calumnia! Todos pueden derramarla, ninguno recogerla; y para aspirar al perdon del mal que se ha causado, es preciso, ante todo, procurar resarcir. . . .

Y la vision desapareció.

Dionisia cayó desmayada, y cuando, al día siguiente, la recogieron y la preguntaron lo que había ocurrido, no pudo contestar....
¡¡ Estaba loca!!!

CARLOS RUBIO.

NOCHE RUSTICA DE WALPURGIS.

SINFONIA DRAMATICA.

A JOSE PEON Y CONTRERAS.

I

INVITACION AL POETA.

Coge la lira de oro y abandona el tabardo, descázate la espuela, deja las armas, que para esta vela no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona ya sus himnos de amor, conmigo vuela á esta region que asombra y que consuela; pero ántes cíñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje, ven de un drama admirable á ser testigo.

Ya el campo eleva su cancion salvaje;

Vénus se prende el luminoso broche....
Sube al agrío peñon, y oirás conmigo lo que dicen las cosas de la noche.

II

INTEMPESTA NOX.

Media noche.—Se inundan las montañas en la luz de la luna transparente que vaga por los valles tristemente y cobija, á lo léjos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas parecen al temblar, nieve el torrente, y se cuaja el vapor trágicamente del barranco en las lóbregas entrañas.....

Noche profunda, noche de la selva, de quimeras poblada y de rumores, sumérgenos en tí; que nos envuelva el rey de tus fantásticos imperios en la clámide azul de sus vapores y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL ARPA.

Hay en medio del rústico bosque un tronco retorcido y corpulento: enorme roca sírvele de asiento y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como á través de fino encaje, el rayo de la luna tremulento pasa, desde el azul del firmamento, la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores hilos de luz que tiemblan cual tañidos por un plectro que el céfiro menea.

¡Arpa inmensa del campo!, no hay cantores que á tus himnos respondan, no hay oídos que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE.

Bajo las frondas trémulas é inquietas que forman mi basilica sagrada, ha de escucharse la oracion alada, no el canto celestial de los poetas.

Albergue fuí de druidas. Los ascetas en mis troncos de crústulo rugada infligieron su frente macerada y colgaron sus arpas los profetas.

Y en tremenda ocasion, el errabundo viento espantado suspendió su vuelo, al escuchar de mi interior protundo

brotar, con infinito desconuelo, la más grande oracion que desde el mundo se ha alzado hasta la cúpula del cielo.

V

EL RUISEÑOR.

Oíd la campanita cómo suena, el toque del clarín cómo arrebatá,

las quejas en que el viento se desata y del agua el correr sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena de Favonio rendido á Flora ingrata y la inmensa y divina serenata que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora la noche; de los hombres soy delicia y paz; y entre los árboles cubierto, sólo yo alcé mi voz consoladora, como una blanda y celestial caricia, cuando mi Dios agonizó en el huerto.

VI

EL RIO.

Triscad, ¡oh linfas! con la grácil onda; gorgoritas, alzad vuestras canciones; y vosotros, parleros borbollones, dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda cóncava quiebra, rómpete en girones y estrella contra riscos y peñones tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos son de la luna pálidos destellos, cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente, ópalos desleídos son mi frente y risas de las náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS.

¿Quién dice que los hombres nos parecen desde el profundo mar del firmamento, átomos agitados por el viento, gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos que heroicos se estremecen son el más grande asombrador portento: ¡fraguas donde se forja el pensamiento, y que más que nosotros resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza, las ideas, en ígnea llamarada contemplamos arder, y es, ante ellas, toda la creacion polvo y ceniza.....

¡Los astros son materia inanimada y las humanas frentes son estrellas!

VIII

EL GRILLO.

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías que con mi canto acompañé en tu infancia? ¿Quién mide la enormísima distancia que éstos separa de tan castos días?....

Luces, flores, perfumes, armonías, sueños de poderosa exuberancia que llenaron de albura y de fragancia la vida ardiente con que tú vivías.

Ya nunca volverán; pero cantando, cabe la triste moribunda hoguera, de tu destruída tienda bajo el toldo, hasta morir te seguiré mostrando la ilusion en la llama postrimera, el recuerdo en el último rescoldo.

IX

LAS AVES NOCTURNAS.

¡A infundir con el vuelo y los chirridos más horror en la noche, más negrura en los antros del monte y más pavura en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir á los pájaros perdidos de la arboleda entre la sombra oscura, y con la garra ensangrentada y dura á darles muerte y á asolar sus nidos!

¡Desde la cruz del negro campanario, á lanzar tan horrisonos acentos que el valor más indómito se quiebre!

¡De dientes estridor, crujir de osario á remedar, y trágicos lamentos, y espasmódicos gritos de la fiera!....

X

LOS MUERTOS.

¡Piedad! ¡misericordia!.... Fueron vanos tanto soberbio afán y lucha tanta.

¡Ay! por nosotros vuestra queja santa levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyérais el roer de los gusanos en el hondo silencio, cómo espanta, sintiérais oprimida la garganta por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros tormentos que hay bajo la losa fría: la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía!....
¡Ay, que llegue, ¡oh! Señor, para nosotros, de la resurreccion el claro día!

XI

EL POETA.

Vamos al aquelarre.—En la sombría cuenca de la montaña, las inertes osamentas se animan á los fuertes gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando, *sin Dios y sin María*, présagos de catástrofes y muertos....
Pienso que el cielo llora... ¿no lo adviertes? La luna es una lágrima muy fría.—

Trás nahuales y brujas, el coyote aulla feroz y lúgubre corea, tan monstruoso concierto el tecolote; la lechuza con silbo horripilante se junta á la fatídica ralea, y el *Vaquero Marcial* (*) llega triunfante!

XII

LAS BRUJAS.

—Todas las noches me convierto en cabra; para servir á mi señor el chivo, pues, vieja ya, del hombre no recibo ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra el terron, otras artes yo cultivo. ¿Ves? traigo un niño ensangrentado y vivo Para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo obscuro como ven los murciélagos, yo vuelo hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo. Yo á los hombres daré del vino impuro que arranca la esperanza y el consuelo.

XIII

LOS NAHUALES.

¡Sús, Vaquero Marcial! De nuestra boca los conjuros oirás: aunque en la brega quedaste vencedor, siempre á tí llega de los hombres la voz que te provoca.

¡Por donde quiera el mal! Tu mano toca las campiñas tambien.—Ya en ronda ciega el coro de las brujas se despliega de tí en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo: de vuestro hediondo seno sacad presto las efigies ridículas de trapo.

¡Oh, representacion de los mortales! mostrad aquí vuestro asombrado gesto en la danza infernal de los nahuales.

XIV

EL GALLO.

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento el nocturno terror y estoy en vela. Sombras de muerte cuyo soplo hiela, con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento por preludiar su dulce pastorela. Contra el mal, poderoso centinela, á su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrisono alarido que escuches en tu sueño, por la vana pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin á su croar la rana, y yo con alegrísimo sonido, entonaré la vencedora diana.

XV

LA CAMPANA.

¿Qué te dice mi voz á la primera luz auroral? "La muerte está vencida, ya en todo se oye palpitar la vida, ya el surco abierto la simiente esperal"

Y de la tarde en la hora postrimera: "Descansa ya. La lumbre está encendida en el hogar".... Y siempre te convida mi acento, y te persigue donde quiera.

Convoco á la oracion á los vivientes, plaño á los muertos con el triste y hondo son de sollozo en que mi duelo explayo.

[*] Nombre con que generalmente es designado el demonio por la gente pobre del campo.

Y al tremendo tronar de los torrentes en pavorosa tempestad, respondo con férrea voz que despedaza el rayo.

XVI
UN TIRO.

Duda mortal del alma se apodera, al oír en la noche la lejana detonación, que turba y que profana el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera que pone fin á la existencia humana, ó el golpe salvador que en lucha insana asesta el montañés sobre la fiera? . . .

Ese ruido mortífero y tonante hace temblar el alma sorprendida, cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar ó defender la vida, lo producen lo mismo el caminante y guarda, el asesino y el suicida.

XVII
EL PERRO.

No temas, mi señor: estoy alerta mientras tú de la tierra te desligas y con el sueño tu dolor mitigas, dejando el alma á la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: "despierta: huyeron ya las sombras enemigas."

Soy compañero fiel de tus fatigas y celoso guardian junto á tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno, del amigo traidor, del lobo fiero que siempre anhela encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno la muerte, con mi aullido lastimero también te avisaré. . . . ¡Descansa y duerme!

XVIII
LA SEMENTERA.

Escucha el ruido místico y profundo con que acompaña el alma Primavera esta labor enorme que se opera en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo que el sol ardiente calentó en la era. Vendrá Otoño que en mieses exuberante y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra soy: vives conmigo, á tu paso doblego mis abrojos, te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos de tu vencida carne los despojos, ¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XIX
¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora en que fresca y gentil la madrugada va á empaparse en el agua sonrosada que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo débilmente se colora de virginal blancura inmaculada, y hace del firmamento su morada la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las níveas cumbres del oriente en ópalos y perlas se deslía, que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo, y todo juguetea y todo ríe, en la tierra lo mismo que en el cielo.

XX
ADIOS AL POETA.

¡Santa Naturaleza, madre mía! me has cobijado en tu regazo inmenso y disipaste con tu soplo intenso la nube de dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría; mi sueño celestial quedó suspenso. . . . Ya alza la tierra su divino incienso y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte. Bajemos, pues ya al ras del horizonte Vénus agonizante parpadea;

tú al teatro, á la clínica, al Senado, yo á vegetar tranquilo y olvidado en el rincón obscuro de mi aldea.

Cerritos, Abril-Mayo de 1897.

MANUEL JOSE CTHON.

UNA IMAGEN DE LA VIRGEN.

SUCEDIDO.

CERCA de Villafranca, en Francia, á corta distancia del camino real, se ve una casita abandonada que habitaban hace cosa de treinta años una pobre viuda enferma sexagenaria y su hija única de diez y siete años. Vivían de limosna y del trabajo de sus manos. Dolores, que así se llamaba la niña, ganaba su jornal en la costura, y su madre cortaba yerba para sustentar una cabra, ó cortaba leña para las necesidades de la casa. Vivían pobres y contentas, porque esperaban con fé cristiana una vida mejor. Miserable era, sin embargo, el interior de su vivienda; cuatro paredes ahumadas, una pobre cama, tres sillas, una mesa y un arca por único ajuar. Había en un rincón un poco de paja, donde dormía la cabra. Sobre la cabecera de la cama, Pilar, que así se llamaba la madre, había colocado una pequeña imagen de la Virgen, herencia de sus padres y que nunca había excitado la atención ni costado mucho dinero. Pero madre é hija le tenían mucha devoción, sobre todo la madre, que atribuía á su poderoso influjo la felicidad que había disfrutado en la tierra.

Cuando las sombras de la noche comenzaban á proyectarse sobre los árboles y la campiña, y sonaba el toque de oraciones en la vecina aldea, se arrodillaban delante de esta imagen y le daban gracias á la Virgen por haberles concedido el pan del día: por la mañana, al despuntar la aurora, se arrodillaban también y la bendecían por haberles dado el sueño de la noche.

No consistía en esto solo el culto que Pilar dedicaba á la santa imagen, pues cansada de trabajar y debilitada por los años, confortaba su espíritu mirando el dulcísimo rostro de su Madre bendita. Cuando iba los domingos á oír Misa en la Iglesia de la Anunciación, admiraba el bellissimo cuadro del altar mayor, que iban á ver los curiosos de diez leguas en contorno; pero le gustaba mucho más su imagen. Preciso es advertir que ésta no era un pedazo de papel iluminado, como se vende en las ferias y mercados sino una pintura verdadera, alterada por el tiempo.

Bellísimas las figuras de la Virgen y del Niño Jesús, se destacaban del fondo del cuadro con inimitable dulzura.

—¡Mira, decía muchas veces Pilar á su hija, mira con cuánta bondad nos contempla la señora! Me parece que te estoy viendo cuando eras chiquitita y te puse en la frente una guirnalda de rosas. Sé siempre devota suya, Dolores, porque es nuestra Madre, Madre de los que sufren y lloran.

Y las dos se abrazaban tiernamente y renovaban la mata de madre-selvas ó siempre-vivas que le ofrecían con frecuencia, y la Virgen parecía recibir con bondadosa sonrisa el culto humilde de aquellas almas puras.

Pero aquella tranquilidad iba á turbarse, porque Dios atribula á los que ama y cumplen su ley. Feliz el que sufre en la tierra, porque le espera recompensa mayor.

Sobrevino una furiosa tempestad en Villafranca, que destruyó los sembrados y perdió todas las cosechas, sucediendo un invierno tan crudo, que nunca lo conocieron semejante los ancianos del país.

La miseria fué general, y los ricos, escasos de recursos, despidieron muchos jornaleros. Pilar y su hija pasaron aquel invierno Dios sabe cómo. Vendieron su cabra que tanto estimaban; recibieron algunas limosnas del párroco, pero los socorros eran insuficientes.

—Santa Virgen, decía Dolores, salva á mi pobre madre.

—Santa Virgen de los Dolores, decía Pilar, no abandones á mi hija, aun muy niña para morir.

Volvió la primavera, y con ella renació la

esperanza en el corazón de aquellas desgraciadas mujeres. Dolores volvería á su costura, y su anciana madre haría hilar de nuevo al tornoc. ¡Vanas esperanzas! Una mañana que Dolores recorría los campos en busca de flores para su Imagen, el propietario de la cabaña se presentó ante la pobre viuda. Era un hombre duro, sin temor á Dios ni compasión con los pobres.

—Vamos, dijo; ha vencido un año de alquiler. Como los tiempos corren malos, vengo por el dinero que se debe.

—¡Ah! respondió Pilar; peores han sido los tiempos para nosotras. No tenemos pan, ¿cómo quereis que os paguemos nuestra deuda?

—Pues bien, replicó aquel hombre cruel, procurad buscar algún alma caritativa que os dé asilo por amor de Dios, porque mañana volveré al pueblo y saldreis de mi casa ántes de que me vaya de la aldea,—dijo con el acento de la implacable codicia.

—Dios mío, Dios mío, exclamó la pobre mujer, dadnos algunos días de plazo por ese amor de Dios que decís. ¿Qué quereis que haga de mi cama y pobre ajuar?

—¡Vuestra cama y ajuar! . . . ¿Estais loca, mujer? ¡Pensais acaso llevároslo? ¡Y quién me pagará entónces? Voy á hacer que se venda cuando ántes.

—¿Vender mi cama? ¿que decís? ¿quereis que muera sobre la paja?

—Os morireis donde querais; poco me importa; lo que quiero es cobrar, y aun para esto me parecen insuficientes esos trastos viejos. Pero, en fin probaremos.

Y como la pobre se arrojase á sus pies para que se compadeciese de su miseria, le rechazó brutalmente, y al salir le dijo: "Ya estais advertida, mañana respondereis al alguacil que vendrá de mi parte." Enmudeció Pilar, y le pareció ver á su hija errante, sin asilo, pedir limosna de puerta en puerta. Y Dolores volvía cantando con sus flores, cuando la pobre madre para ocultar sus lágrimas sólo pudo echarse en sus brazos.

El día siguiente fué muy triste y largo, sin que Pilar tuviese valor para anunciar á su hija la desgracia que las amenazaba.

Por la noche oró con más fervor delante de su Virgen, y despertándose ántes de amanecer la vió llena de brillante claridad: era la luz de la luna que penetrando por una grieta del techo, la bañaba con sus puros y templados rayos. Entónces sintió renacer la calma en su corazón.

—¡Oh Madre Santísima! exclamó en voz baja para no despertar á su hija; Madre de las madres, bien sabía yo que no me abandonaríais en esta desgracia.

Volvió á quedarse dormida, y soñó que la Virgen le tendía los brazos, y que apartando á unos hombres de mal aspecto, le daba una bolsa de oro, pan muy blanco y muebles nuevos que tanto necesitaba; pero el recuerdo de su verdugo la despertó sobresaltada. Era ya día. Dolores trabajaba hacía largo rato.

—¿Cómo habeis dormido esta noche, madre mía? dijo luego que la vió.

—¡Ah! respondió Pilar; será la última noche que dormiré en esa cama en que paso mis noches hace cuarenta años. ¡Oh! hija mía, pobre hija mía! de hoy en adelante sobre las piedras del campo reclinaremos nuestras cabezas.

Y le refirió entónces la visita del casero, su dureza y sus crueles amenazas, que pronto iban á realizarse.

No había acabado de hablar, cuando oyó las pisadas de varias personas, y el casero se presentó acompañado de esbirros y del escribano. Sentóse el escribano, sacaron los trastos al camino, y se empezó la almoneda ante un corto número de personas atraídas por aquel triste espectáculo.

Pero valían tan poco los objetos pregonados, que el casero temía no sacar del ajuar más de una onza de oro. Sólo había producido la venta los dos tercios de esta suma, y ya no quedaba sino un espejillo roto y la imagen de

la Virgen colgada con cuatro clavos. A sus pies estaban arrodilladas las pobres mujeres pensando en Jesucristo cuando los verdugos repartían sus vestiduras.

—No queda nada, dijo el pragonero; regístrese otra vez, y veamos si pueden sacarse algunos cuartos más.

Entró un alguacil y comenzó á desclavar la imagen; entonces las dos mujeres prorrumpieron en un grito de angustia y terror.

—¡Cómo! exclamó Pilar llorando: ¿me quitais también mi imagen? ¡Ah, Dios mío! esta es la mayor de mis desgracias. Considerad que es mi último bien, mi único consuelo. Ven, hija mía, ven á ver si nuestras súplicas enternecen á estos hombres.

Y Dolores se echaba á los pies de los esbirros, y Pilar pugnaba por defender su imagen querida.

Este altercado llamó la atención del casero, el cual, amostazado con el mal éxito de la venta, entró con brusco ademán en la habitación.

La pobre mujer le dijo sollozando:

—Todo me lo habeis quitado, porque al fin vuestro era, no pudiendo pagaros; pero ahora quieren quitarme esta imagen, que tanto amo, ante la cual rezo mis oraciones todos los días. Esta imagen vió nacer á mi hija, y recibió la última mirada de mi marido, pues la tenía en el día de mi boda, y es todo lo que me queda de aquel día. ¡Por piedad, por piedad! ¿De qué os puede servir, cuando, vieja como yo, está próxima á convertirse en polvo? Y el llanto no la dejó proseguir.

Aquel hombre feroz por única contestación sacó un cuchillo y arrancó los clavos que sujetaban en la pared la querida imagen, dándosela al pragonero.

—¿Quién quiere esta soberbia pintura por cuatro cuartos? dijo este en alta voz. Cuatro cuartos, ¿nadie puja?

Acercóla á los espectadores, entre los cuales había un grupo de caballeros que, estando paseando por las orillas del Aveyron, por mera curiosidad se habían acercado al lugar de la venta.

Pilar se había desmayado de dolor, y su hija procuraba volverla en sí llorando como una Magdalena.

—Cuatro cuartos, repitió el pragonero. ¿No hay quien puje y quiera á la Virgen?— Cinco cuartos, dijo una aldeana llamada María.—Veinte reales, respondió uno de los caballeros que acababa de fijar sus miradas en el cuadro. El pragonero se quedó tan estupefacto que todos se echaron á reír.

—Ochenta reales, añadió una segunda voz que salió del grupo.—Ochenta reales, repitió maquinalmente el pragonero.—Ciento veinte, gritó la primera voz.—Media onza, añadió la segunda.—Una onza.—Dos onzas.—Mil reales.—Mil quinientos.—Dos mil.—Dos mil reales, repitió el pragonero, mientras circulaba un murmullo de admiración entre la concurrencia.—Tres mil reales, dijo uno de los postores sin poderse contener.—Cuatro mil.—Seis mil.—Ocho mil.—Diez mil.—Yo doy doce mil, añadió el otro impasible.

Hubo un momento de silencio, y en seguida dijo el pragonero dos veces lentamente.

—Doce mil reales, doce mil reales. ¿Nadie puja? Adjudicado.

—Caballero, dijo uno del grupo, pintor de profesion que á la primera ojeada había reconocido en la imagen una preciosa obra de Murillo: hubiera dado mi pobre caudal de artista por esa joya, pero vos que sois comisionado del gobierno y disponeis de más fondos, es natural que me hayais vencido. Cuando vuelva á París la veré en el museo, y allí será casi mia.

Y diciendo esto se alejó mientras su antagonista guardaba con sumo esmero la pintura en cambio de tres billetes de á cuatro mil reales que los circunstanciales contemplaban estupefactos.

Cuando volvió en sí Pilar, apenas podía creer lo que dijeron. Eran casi ricas.

Desde entonces todos los años en el aniversario de la venta mandaban decir una Misa y poner una vela en la capilla de la Virgen. Había comprado otra nueva imagen de la Señora que le recordaba la que había perdido. Mas al arrodillarse todas las noches ante la nueva imagen, una lágrima asomaba á sus ojos, y de su corazón salía un prolongado suspiro.

—¿Qué será, decía, qué será de mi Virgen que usó conmigo de su inagotable misericordia?

Y una voz interior le contestaba: Mira al cielo, que allí está siempre la que es vida, dulzura y esperanza nuestra.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XI

Como al calor del sol los girasoles
Despliegan sus corolas purpurinas,
Así mi corazón abrió sus alas
A la serena luz de tus pupilas.
Pero el sol, cuando vuelve en el Oriente
A despertar radiante de alegría,
Encuentra á aquella flor, sobre su tallo
Erguida ayer, hoy ya marchita.

¿Quieres saber si ha muerto del cariño
La bella flor? Ven, toca, amada mía,
¿No sientes palpar apresurado
Mi corazón, que vive con tu vida?

Los girasoles mueren en las sombras
Al beso destructor de noche umbría;
Pero mi amor no acaba con la ausencia,
Porque tu imagen pura lo acaricia.

XII

Pasa la niebla por la cabaña
Rozando el cáliz de frescas flores,
Y con celajes de mil colores
Hacia otros mundos flotando va.

El aura pura de la montaña
Que leve riza la clara fuente,
Cuando susurra triste y doliente
Sin luz ni esencia, muriendo está.

El tierno canto de ave parlera,
Que entre los bosques del Mediodía
Con dulces notas saluda al día,
Se extingue al paso del vendaval;

Y el blanco lirio que en Primavera
Ostenta limpio su hermoso broche
Al soplo helado de oscura noche,
Se inclina mustio en el florestal.

El aura, el lirio, la nube, el ave,
Veloces pasan como la bruma,
Como las olas de nívea espuma,
Como el encanto de la ilusión.

No de otro modo la frágil nave
Que por los mares vaga perdida,
Deshecha cruje, y queda hundida
Al fuerte empuje del aquilon.

Así en la vida se desvanecen
Todos los sueños de bienandanza,
La dicha y gloria que en lontananza,
Y entre sonrisas forja el amor.

Sólo las flores que permanecen
Lozanas siempre, con rica esencia,
Son las virtudes que la existencia
Llenan de néctar embriagador.

XIII

¿Has mirado en la noche las estrellas
Radiantes cintilar allá en la altura?
¿No es verdad que son bellas?
Pues si vieras la luz de tu mirada,
Encontraras que es suave y más hermosa,
Por el capuz velada
De tus pestañas negras,
Que la luz de los astros misteriosa.

XIV

FLORES Y ABROJOS.

Como en el bosque vírgen los gorgeos
Del zenzontle y del mirlo,
Como en el campo ameno y los alcóres
Las gotas de rocío;

Como el grato murmurio de la fuente
En el jardín florido,
Y en la extension inmensa de los cielos
El fulgor matutino,
Despertaron en mi alma soñadora
Un ardiente delirio,
La bella claridad de tus pupilas
Y tu acento querido.
Te amé, y con tu amor fuí tan felice,
Que en mi triste camino
Brotaron de la dicha blancas flores
De perfume exquisito,
Flores que se alimentan con la savia
De mi tierno cariño;
Flores que son el alma de mi alma;
Las flores de mis hijos.
Cuanto hay de hermoso en la extension del mundo,
En sus ojos lo miro;
Y es tanto lo que gozo con sus gozos,
Que se alza el pecho mío
A impulsos de suspiros que se escapan
De su santo recinto,
Para menguar la fuerza arrolladora
De mi alma desvarío.
Pero ¡ay! ¿quién pensara que en las selvas
En donde anida el mirlo,
Se escuchan de serpientes venenosas
Los guturales silbos!
¿Quién creyera que al lado de las flores
Se esconde abrojo impío,
Y que á veces la luz de la mañana
No alumbra un cielo limpio!
¿Quién pensara que yo, tan venturoso
Al lado de mis hijos,
También sintiera la traidora espina
Que me arranca gemidos!
¡Ah! sí, padezco cuando sufren ellos;
Cuando mis dulces niños,
Del dolor á los golpes iracundos,
Se inclinan doloridos.
Y lloro cuando pienso que algun día
Pudieras tú, bien mío,
Faltarme á mí, que te amo con ternura,
Y tus besos benditos
A ellos, que sin tí perecerían
Como los rientes lirios,
Que se doblan marchitos cuando mueren
Las auras del Estío.
Así pasa mi vida, pero en mi alma
Una esperanza abrigo,
Que aumenta mis placeres, y mitiga
Mi dolor escondido:
Dios, que es el Padre más amante
De pobres desvalidos,
Nos mirará con la mirada blanda
De sus ojos divinos;
El nos guiará en las sendas donde nacen
Los punzantes espinos,
Y juntos llegaremos hasta el cielo
Con nuestros dulces niños.

(Continuará.)

MARIA.

HUMEDECIERONSE mis ojos y una lágrima rodó de mis párpados arrasados, sobre el papel satinado orlado de negro en que acababa de leer el nombre de María.

Era una esquela de entierro, que al pasar por la portería del hotel me fué entregada; decía en francés:

Paris, 31 de Enero de 1886.

Se suplica vuestra asistencia al entierro y oficios en la Iglesia de Notre Dame des Champs de la señorita María de Egusquiza, en religion Sor María de los Angeles, que murió ayer á los 28 años de edad, habiendo recibido los Sacramentos de la Iglesia.—Requiescat in pace.

De parte de la señora Juana de Egusquiza y de las señoritas Teresa y Elisa de Egusquiza, su madre y hermanas.

La reunion será en la casa matriz de las Hermanitas de los Pobres, 327 Rue de Sévres, á las once en punto.

Es el alma humana piélago insondable.

¿Quién podría analizar lo que significa una lágrima? ¿Es dolor? ¿Es alegría?

Por mi parte no habría podido decir si fué la pena, la admiración, lo sublime, lo ideal, lo grandioso lo que arrancaba de mi pecho aquella lágrima, quinta esencia de cuanto encierra el alma de más puro, noble y acendrado.

La había yo conocido años atrás en las reuniones mundanas de la colonia hispano-americana. A los bailes asistía sin tomar parte en ellos, aquel esbelto cuerpo que parecía modelado por el mismo Fidias; aquella cabeza de líneas purísimas que más parecía dibujada por los ángeles, que allá en su tierra pintaron la imagen de la Virgen de Guadalupe, apenas se movía á derecha é izquierda procurando ocultar con amable sonrisa su incurable hastío. Los melancólicos ojos azules que largas y sedosas pestañas sombreaban prestándoles sin igual dulzura procuraban amenizar con su suave mirar la expresión de extrañeza distraída con que contestaba las naderías que forman el fondo de la conversación mundana.

Vano empeño: no le era posible disimular que su alma estaba ausente; todos los esfuerzos de su voluntad para fijarse un momento en aquel ambiente de risa, de flores, de melodías voluptuosas, eran infructuosos; el alma se escapaba como niño travieso y volvía á sus contemplaciones preferidas allá en el éter, en zonas altísimas donde no alcanza el mortal.

Una sola vez la ví tomar parte como actora en una escena que tengo presente en la memoria como si hubiera pasado ayer.

Una pareja en las locas vueltas y revueltas de un valse de compás precipitado, derribó un candelabro de bronce que estaba en un rincón y tras el terrible golpe que recibió en la cabeza la infeliz niña, cayó sobre ella encendida. ¡Virgen Santísima! exclamó María, y volando de su asiento, quitóse precipitadamente el rico abrigo forrado de armiño que cubría sus hombros y extendiéndolo sobre las llamas que rodeaban ya á la infeliz pareja logró que saliera casi ilesa de aquel grandísimo peligro.

Aquel rasgo nos reveló una María que no conocíamos: por un momento había desaparecido la marmórea palidez de sus mejillas; las cejas arqueadas que daban á su rostro aquella expresión de sorpresa extrañada se habían contraído un momento cambiando tan completamente la expresión de su rostro, que nos parecía una heroína cristiana de los tiempos de las Ineses y Filomenas.

Aquella noche fué María, muy á su pesar, la reina del baile y no pudo sustraerse á la ovación que tanto merecía.

Pasajeros y fugaces eran, empero, los pocos ratos de satisfacción que el mundo podía deparar á aquella alma sedienta de amor de Dios y del prójimo.

¿Cuántas veces la ví pasar por los Campos Elíseos en suntuoso carruaje de ocho resortes con su madre y sus hermanos! la mirada era cada vez más melancólica, la palidez que prestaba á las líneas del perfil no sé qué belleza sobrehumana parecía aumentar cada día.

Aquella blanca azucena no podía vivir en el ambiente mundano en que la familia pretendía retenerla; en vano probaron las distracciones, los viajes, los sports, los baños de rumbo, las playas á la moda.

El médico declaró un día que la ciencia era impotente para salvar á María y que no siendo su mal de orden físico, era inútil seguir empleando paliativos ineficaces. Hubo de ceder la familia.

En la capilla de las Hermanitas de los Pobres iluminada á giorno, celebróse la cere-

monia de los desposorios de María con el novio celestial, Aquél que fué en la tierra pobre entre los pobres, amigo de los que sufren y consuelo de los que lloran.

Allí, entre las macetas de blancos lirios que llenaban el altar, sobresalía su esbeltez entre los argentinos visos del suntuoso traje de seda que por última vez vestía. A través de las transparencias de la gasa que cubría su rostro, aparecían las purísimas líneas de su perfil como modeladas por la mano de un artista sublime. ¿Sería que el Soberano Hacedor quiso prestarle ese día especial realce á aquella obra de su mano?

Lo que impresionaba más aún eran aquellos ojos garzos, con su extraña mirada, en que se hermanaban la alegría y la modestia.

¡Oh alma! hecha á la imagen de Dios, cuán grande debe ser tu hermosura, cuando de tal suerte realzas la belleza perécedera de las desposadas del Cordero!

Fué ésta la primera y última vez que se manifestó á mis ojos el alma de María. En cuanto á sus restos mortales aún me fué dado volverlos á contemplar en la capilla ardiente en la Casa matriz de la Rue de Sévres, la misma noche que recibí la esquila de invitación al entierro. ¿Sería ilusión de mis ojos arrasados en lágrimas! No sé. Mas una débil fosforescencia parecía rodear la blanca cofia en que se destacaba el virginal perfil de aquella esposa de Jesús: cosa imposible parecía que aún creciera su delicada hermosura; ¡mas no miento! el beso de la muerte le había dado el último toque á aquella primorosa obra del Creador.

Muy poco tengo que decir, para terminar esta historia que aún arranca lágrimas de mis ojos.

Entre los recuerdos que conservo de mi permanencia en París, está un recorte de un periódico del Boulevard; ese suelto que leí en la crónica de aquella capital, quince días antes de recibir la esquila de invitación para el entierro, dará al lector la explicación de mi emoción al hacer este relato que á falta de galas literarias tiene las de la sinceridad.

“Anoche, decía el diario parisiense, á la una y media de la mañana llamó á la puerta del hospital San Luis una madre desolada. Iba á buscar auxilio para su bebé, á quien sofocaba el terrible crup. ¿Qué hacer! el interno de servicio, acometido por fuerte jaqueca, acababa de retirarse momentos antes; sólo quedaban en vela tres Hermanitas de los Pobres; mas entre ellas estaba la Hermana María de los Angeles, mujer de gran corazón.

—Vamos, díjole á la madre, y salieron precipitadamente llegando á la bohardilla en momentos en que el rostro del niño, de un color morado subido, daba señales de completa sofocación.

Con una cuchara, á guisa de espátula, abrió la Hermana María las mandíbulas que apretaba ya el estertor de la agonía y aplicando sus labios á los labios de la criatura fué aspirando una á una las pestilentes membranas que ahogaban al niño, hasta que restablecida la respiración durmióse el angelito en largo sueño reparador. Retiróse la Hermana María de los Angeles, para huír antes que todo de las manifestaciones de agradecimiento del padre y la madre que postrados de rodillas ante aquella salvadora del hijo querido, besaban su burdo sayal.

El heroísmo de esta Hermanita de los Pobres está por encima de todos los elogios, pues nadie ignora que ha jugado su vida.”

Sí. ¡Había jugado la vida la Hermanita María de los Angeles!... ¡y había perdido!... Es decir, había ganado la Gloria, el anhelo de toda su vida.

P. NOLASCO.

A ROSARIO.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte,
Y mi destino adorarte,
... Mas ¡Ay! al ver tu rigor
El corazón se me parte.

Tu aliento es el ambiente
De un jardín embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en tí?
¿Quieres encontrarle, dí
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

¿Qué es una alma sin amor?
¿Qué es la beldad sin amante?
Una pasajera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,
Y yo que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Más grande que el del Perú,
Pues vale amor más que el oro.

E. R.

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LVII

LOS RESTAURADORES DEL REINO.

S IEMPRE y en todas partes ha existido el crimen y la maldad. Esto es tan nuevo como el mundo; mas los medios de corregirse eran tan deficientes, que no satisfacían aquella necesidad, ora por falta de comunicaciones, ora por las circunstancias de aquellas épocas.

En vista de esta necesidad imperiosa y para corregir los abusos y asegurar los caminos, era necesario establecer un sistema tal, que originase la tranquilidad de los pueblos.

Mas este encargo, era propio sólo para un hombre perspicaz y agudo, no ménos que prudente, recto de conciencia, valiente é incansable.

Estas cualidades se vieron reunidas en el Sr. D. Miguel de Velazquez y Lorea, el cual las heredó á su hijo D. José quien siguió su empleo.

De estos hombres son de los que me ocuparé en esta leyenda; pues es muy justo tributarles un recuerdo, tanto por sus virtudes como por sus proezas.

D. Miguel de Velázquez, natural de esta ciudad, apenas contaba 20 años cuando recibe el nombramiento del Sr. Marqués de Valero haciéndolo capitán de la Acordada en sustitución de su padre que acababa de morir.

El día que salió á la primera expedición se hicieron rogativas públicas en los templos, temiendo fuese asesinado; pero resultó lo contrario, porque en esa su primer salida venció en Taretan á 400 bandidos bien armados con sólo 80 hombres que él traía.

Poco despues pidió se le excluyese de tal cargo, lo cual se le concedió; pero notando en el aumento de bandoleros la falta que hacía, fué nombrado de nuevo en 1719, á cuyas instancias accedió en bien de su patria y cuyo empleo sirvió hasta su muerte acaecida en 1732.

Esta ocasión se resistía á recibir el empleo; pero Fr. Antonio Margil de Jesús lo animó diciendo que no temiese, que su muer-

te sería como de religiosa capuchina; y lo cual fué verdad.

El famoso bandido Juan Ceron lo desafió, mas Velázquez con treinta hombres de caballería y algo de infantería lo aprendió y remitió á Chapultepec donde estaba el presidio. Poco después aprehendió al "Sevillano," Juan Tomás y otro, y todos sufrieron la pena de garrote, (1) el 21 de Febrero de 1722.

Signieron á estos: Silvestre, José Cruz, Garnica, Méndez, Juan Sánchez, Mógica, Diego de la Corte y tantos otros que tenían asolados los caminos.

En vista de los muchos informes que el Rey recibió de la integridad y honradez del capitán, le mandó una cédula real muy honorífica fechada en Araujuez en 22 de Mayo de 1722, dándole muy particularmente las gracias por sus buenos servicios.

Fuó tan exacto en el cumplimiento de sus deberes que ya en agonía instaba se hiciese justicia á unos reos, lo cual oído por el confesor, le dijo que ya no era tiempo de eso; á lo cual contestó el capitán: "Padre, quien ha dicho que cualquiera no es tiempo de cumplir con sus obligaciones?" [2]

Al morir dejó cuatro hijos: D. José que heredó su empleo, el Lic. D. Rodrigo, el Dr. D. Agustín y el Dr. y Maestro D. Santiago que fué provisor y vicario general del obispado de Michoacan en tiempo del Ilmo. Sr. D. Pedro Anselmo Sánchez de Tagle.

D. Miguel de Blanca escribió: "Estancia segunda de la vida y muerte del capitán D. Miguel de Velázquez." Impresa en México en 1732.

En este mismo año se imprime en México por Hogal, una "Oración epidéctica en las Exequias del Capitán D. Miguel de Velázquez y Lorea, Juez y Capitán de la Acordada y santa hermandad."

Fuó su vida muy observante en materia religiosa y muy caritativo; tanto por esto como por su actividad y valor, fué muy querido de esta su patria y á su muerte, tan sentida, se le hicieron solemnes exequias en varios templos.

Hoy desgraciadamente carecemos de esta clase de hombres que sin abusar de su puesto, se hagan apreciar de todo el mundo por su verdadera equidad y rectitud, como nuestro compatriota.

(1) DIARIO DE MEXICO, núm. 403, Tom. IV, pág. 237.

(2) DIARIO DE MEXICO, núm. 405, Tom. IV, pág. 286.

ATOMOS.

Amar, saber amar y ser amado:
he aquí tres cosas juntas
que tan juntas jamás se han encontrado.

Te cansó la viudez y á ser casada,
tras de llorar un año al muerto esposo,
volviste entre gozosa y resignada....
Por algo dijo un químico famoso
que espolvo el hombre y que el amor no es nada.

—Me voy (la dije llorando)
y me voy muerto de pena;
"quien bien quiere nunca olvida,"
no me olvides nunca, prenda.
Ella calló; yo callaba;
pero una voz cantó cerca:
"al que se va se le olvida
y al que se muere lo entierran."

Yo que tener procuro
una esperanza nueva cada día,
al verme hoy sin ninguna, por un duro
un décimo compré de lotería....
y salí del apuro.

"La vida es un pitillo"
gritaba ayer desde su puerta un loco;
y al pasar y escucharlo dijo un pillo:
"hay, pues, que chupar bien y escupir poco."

M. Pérez de la Manga,

PROTECCION DE MARIA.

EL VOTO DE UN MARINO.

Salve del mar estrella,
Salve Madre Sagrada.

HACE unos treinta años presencié Barcelona un espectáculo conmovedor.

Era el 16 de Julio, festividad de Nuestra Señora del Cármen.

Los hombres estaban llenos de admiración y las mujeres lloraban enternecidas.

¿Qué sucedía?

¿Qué era lo que tanto llamaba la pública atención?

Un acto muy comun entre los primitivos cristianos y en la edad media, pero muy raro en nuestros tiempos descreídos.

Un hombre de mediana edad, tostado por el sol de los trópicos, vestido de un hábito burdo ceñido con una cuerda y atada al cuello una larga cadena que le arrastraba por el suelo, andaba á gatas, y desde el barrio marítimo de la Barceloneta se dirigía de aquella suerte al templo de Nuestra Señora de Belen.

La fatiga que esto ocasionaba al penitente era indecible. Sus rodillas se habían desollado á causa de la distancia, y gotas de sangre marcaban en el empedrado las huellas que dejara á su paso. El peso de la cadena, lo violento de su posición y el sol canicular que caía sobre su cabeza, le hacían sudar á mares y le ocasionaban un resuello fatigoso, moviendo los ánimos á compasión.

Agotadas sus fuerzas y casi desfallecido, el infeliz, si así podemos llamarle, subió las gradas de piedra del grandioso y bello templo, y prosiguió arrastrándose hasta la capilla de la Virgen del Cármen, iluminada por mil luces.

Llegado enfrente del altar, besó tres veces el suelo, se incorporó sobre sus rodillas, y poniendo los brazos en cruz, según se lo permitió la fatiga, exclamó sollozando:

—"¡Gracias, Madre mía! Gracias, Virgen del Cármen! No en vano invoqué tu auxilio en deshecha tempestad. Nuestro buque iba á sumergirse en el airado Océano. Ibamos á morir sin remedio, y el recuerdo de mis pobres hijos y de mi desgraciada esposa me hacía llorar. En medio de la desesperación de mis compañeros, recordé las oraciones de mi madre y de mi esposa, cogí el escapulario que ésta me había colgado del cuello el día de nuestra despedida, le estampé un beso de ternura, y volviéndome hácia el cielo cubierto de nubes y cruzado por el rayo, entre la voz tremenda del trueno y el bramido de las olas que iban á tragarnos, hincando las rodillas, grité: "¡Virgen del Cármen, salvadnos que perecemos! ¡Tened piedad de nuestras esposas y de nuestros inocentes hijos! Hago voto, si nos librais de la muerte, de visitaros en vuestra capilla del Carmelo en el templo de Belen, en Barcelona, arrastrándome por el suelo desde el puerto en traje de penitencia y con una cadena al cuello.

"La Virgen escuchó mi voto; calmóse al instante la tempestad, y el arco-iris brilló en el firmamento. Allí estabais Vos, Madre mía, como en trono de mil colores, con vuestro manto blanco y vuestro hábito pardo del Carmelo. ¡Gracias por vuestros favores! ¡Por mi esposa, por mis hijos, por mis compañeros seais mil veces bendita!"

Así dijo, en medio de la conmoción de todos los circunstantes. Luego trató de levantarse y muchos se acercaron para auxiliarle, haciéndole sentar en una silla.

A su lado aparecieron dos criaturas, un niño y una niña, que él besó con cariño.

Eran sus hijos, las prendas de su corazón. Junto á ellos había una joven llorando. Era una hija del pueblo, era la esposa del marino.

Empezóse un oficio solemne á toda orquesta en honor de la Virgen del Cármen.

El vasto templo estaba completamente lleno de fieles, y lucía como una ascua de fuego.

Nunca un Oficio ha sido oído con más devoción; cuando el orador ensalzó las excelencias de la Virgen del Cármen, los fieles, de rodillas y muchos de ellos besando el suelo, hubieran prorrumpido á no detenerles la santidad del templo, en gritos de "¡Viva la Madre de Dios! ¡Viva la Virgen del Carmelo!"

Concluido el Oficio, el marino, acompañado de su mujer y de sus hijos, se dirigió á la sacristía, en donde trocó su hábito y su cadena por su traje ordinario.

Y los niños besaban enternecidos la mano de su padre mientras la esposa daba muestras visibles de su emoción.

Cada año el día de tu fiesta, ¡oh Sagrada Virgen del Cármen! recuerdo este tierno episodio; y al verte tan bella en tu altar, con tu manto blanco y tu hábito pardo, me parece que eres la vision del marino sentada encima del arco-iris; en mi interior me parece ver á lo lejos la tempestad que se aleja ante tu voz potente, y crece mi fé, y todo de tí lo espero, pues nunca nos dejas, y aceptas nuestras oraciones como aceptaste el voto del marino y le salvaste la vida.

FRANCISCO DE P. CAPELLA.

SIEMPRE VENCIDO.

Dioscillo cruel, niño tirano,
mal uso hiciste, Amor, de lo que puedes
prodigando tus glorias y mercedes
al jóven inexperto, torpe y vano

Ducho en tus lides hoy, si te las gano,
no gozo de los lauros que me cedas,
y es mejor que del todo me los vedes
ya que de nada sirven en mi mano.

Allá en los tiempos en que amar podía,
amar no supe por rubor ó miedo,
y hoy, que amar sé, me falta lozanía]
Antes vencido fuí; vencido hoy quedo,
¡ay! á los veinte porque no sabía,
y á los cuarenta porque ya no puedo.

J. D. Gaviño.

STELLA MATUTINA.

(A la memoria de una joven)

Con lento paso me acerqué á la puerta
oprimiendo mi frente enardecida;
sobre su lecho cándido tendida
la vírgen de mi amor... estaba muerta.

De cuatro cirios á la lumbre incierta
aquel espectro ví que era mi vida....
Aun junto á la almohada hallé caída
la humilde rosa que la dí entreabierta.

Me pareció que de sus negros ojos
una celeste claridad brotaba;
que otra vez animados sus despojos
Pará decirme "tuya" me llamaba.
Besé sus labios, se tornaron rojos.
Era el beso primero que le daba.

Manuel del Palacio.

VANIDAD DE LA VIDA.

¿Qué es la existencia humana? Un breve día;
Astro que apenas luce y ya se pone;
Ave que cruza la estension del cielo;
Nota de regalada melodía
Que trae el viento en su callado vuelo
Y desvanece en el instante mismo:
Es bella flor liviana

Que se mece á la orilla del abismo
De la implacable muerte;
Nacida en la mañana,
Ya feneció en la tarde, y de tal suerte
La combate el dolor mientras subsiste.
Que halla sólo en la muerte su reposo
Y al fin descansa cuando ya no existe.

El cielo piadoso
Santa alegría guarda
Al ánima del hombre pasajero;
Mas en llegar tal bien ¡ay cómo tarda!
Mientras huelles el áspero sendero
De este mundo de enojos,
Pon tu esperanza pía
En el cielo, alma mía,
Y clava en él tus anublados ojos.

1856.

J. M. Roa Bárcena.